

## RESPUESTA A JOSE VICENTE CASTRO SILVA

POR MIGUEL ABADÍA MÉNDEZ

Monseñor:

Hame cabido en suerte el honroso cuanto gratisimo encargo de daros la más cordial bienvenida por vuestro feliz ingreso al seno de la Academia Colombiana de la Lengua, el cual encargo me fue cometido así por la benévola designación que tuvisteis a bien hacer en mí, como por la venturosa circunstancia de haber sido yo elegido director de la citada corporación para el primer período reglamentario de esta nueva época, que bien pudiéramos llamar de resurgimiento de la Academia.

A esta época alentadora en grado sumo hemos sido principalmente llevados —y en dejar aquí público reconocimiento de ello me complazco— merced al espíritu animoso y emprendedor de alguno de nuestros nuevos colegas (1), el cual, penetrado de entrañable amor a las letras y no pudiendo resignarse a contemplar impasible el marasmo cuasi letal en que yacía sumida la Academia, enantes famoso taller del intelecto nacional en donde laboraban eximios orfebres de la lengua patria, literatos eminentes, profundos humanistas, cuyos nombres, salvando las fronteras del nativo terruño, granjeaban a Colombia admiración, honra y respeto, puso todo el ingénito conato de su prosapia ilustre en alcanzar la total reintegración del instituto, llenando los lamentables vacíos dejados en sus sillones por la muerte y procurando su normal funcionamiento; en una palabra, haciéndolo revivir.

Verdad es que sus esfuerzos no han logrado todavía poner término al inicuo despojo de que ha sido víctima y obtener el recobro del propio solar asignado en algún tiempo por los legisladores colombianos, ni siquiera la obtención de uno nuevo que viniera a sustituirlo y en donde la Academia pudiera acoger a sus beneficiarios con el decoro y señorío de quien brinda albergue en casa propia, por lo cual se ha visto forzada a buscar el arrimo de extraños aleros, y en la ocasión presente, como en algunas anteriores, ha venido a solicitar el abrigo de la grandiosa fábrica, tres veces secular, que en homenaje a la Madre del divino Redentor y para provecho de la ciencia cristiana, fue alzada con regia munificencia por el venerable y venerando arzobispo fray Cristóbal de Torres.

Y es que en los últimos tiempos ha existido entre la Academia Colombiana de la Lengua y el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario una especie de consorcio muy benéfico y muy simpático y a la par muy explicable, dada la índole de ambos institutos, la composición de sus miembros y los fines excelsos que una y otro persiguen.

Apenas empezaba a oreearse la sangre colombiana vertida en la lucha fratricida que se promovió en los finales del año de gracia de

---

(1) Don Daniel Samper Ortega.

1884, lucha que por fortuna no alcanzó la duración trienal que en veces llegó a ser de rúbrica para nuestras nefandas y ferales contiendas intestinas, sin duda con el propósito de que en tan dilatado curso pudieran producir sus más desastrosos efectos, es decir, para que fueran más empinadas las hacinas de osamentas de infelices compatriotas, las que por largo tiempo quedaban insepultas y blanqueando al sol en nuestras desoladas campiñas y laderas, convertidas en campos de combate; para que el acervo de riquezas levantado en luengos años de labor honrada y tesonera fuera desparramado a los cuatro vientos por el vendaval de los odios banderizos y las venganzas personales, y sobre todo, para que la relajación de las virtudes cívicas y hasta de los preceptos de la ética llegara al colmo y la sociedad retrogradara varios lustros en el sendero de la civilización cristiana y del progreso material. Y mientras tanto el poderío de Colombia se amenguaba y decaía, y el dios Término, en vez de mantenerse alerta y vigilante, se adormilaba por culpa de estos nefarios pasatiempos, las fronteras patrias quedaban desamparadas y la heredad común convertida en territorios *a despota*. Entonces, en los albores del año 1886 y cuando al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario hubiera podido aplicarse con verdad lo que el sublime cantor de las *Ruinas* apuntaba respecto de la ciudad hispana en donde abrieron sus ojos a la luz primera los Césares romanos oriundos de la ibérica Península:

Sólo quedan memorias funerales  
 donde erraron ya sombras de alto ejemplo.  
 .....  
 ¡De todo apenas quedan las señales!  
 .....  
 ¡Cuánta fue su grandeza y es su estrago!  
 .....  
 ¡Todo desapareció, cambió la suerte!  
 .....  
 Mírase tan confuso lo presente  
 que voces de dolor el alma siente,

para reparar tamaños desastres originados por la contienda civil a que me he referido; para subsanar los daños causados por la soldadesca, los cuales sin embargo, no lograron hacer perecer hasta las ruinas, según la gráfica expresión de Tácito; para enderezar el ilustre plantel por los caminos de prístina grandeza que le había trazado su santo fundador, salió del recinto de la Academia Colombiana de la Lengua, y empuñó las riendas del Colegio aquel varón de categoría consular que desde sus primeros años había consagrado sus dotes y facultades a doctrinar la juventud colombiana; que amaestrado por las lecciones de un Ricardo Carrasquilla, un Mariano Ospina Rodríguez, un Pedro Fernández Madrid, entre otros muchos, y corroborado por el compañerismo de aquel egregio payanés que se llamó Sergio Arboleda, había logrado vaciar en la turquesa de la ciencia y la virtud generaciones innumerables de alumnos que por cerca de medio

siglo han hecho sentir en los destinos de Colombia el influjo de las savias y moralizadoras enseñanzas que él supo inculcarles; aquel austero repúblico cuyo huérfano sillón en este instituto venís merecidamente a llenar y no simplemente a ocupar.

Y cuando los vaivenes de la agitada política colombiana vinieron a privar al Colegio Mayor de los valiosos servicios que venía prestandole aquel que justamente pudiéramos llamar primer rector de la época del renacimiento rosarista, a causa de haber sido llamado a ocupar cargo de mayor entidad en la república, fue designado para reemplazarlo otro miembro de la Academia Colombiana de la Lengua, no menos calificado que Martínez Silva para abrir hondo surco, ubérrimo y feraz, en el dilatado campo de la educación de la juventud, pues era aquel varón prudente y sabio que, deseoso de poner por obra el sentencioso apotegma latino de *mens sana in corpore sano*, cifra y compendio de toda racional pedagogía, logró mantener incólumes a los adolescentes puestos a su cuidado en época anterior y que habrían de venir a ser los futuros sustentáculos de los nativos hogares y de la patria colombiana, alejándolos de los mefíticos miasmas que así en lo moral como en lo físico se ciernen sobre estos núcleos de habitaciones humanas con que el progreso industrial ha sustituido las antiguas urbes y ciudades, y llevándolos a los rientes y ondulados campos que demoran al pie de la serranía que por oriente enmarca la Sabana de Bogotá, conocidos con los nombres de *El Chicó* y *Yerbabuena*, patrimonio este último del docto institutor; y en planteles allí fundados y regidos por él, se formaron generaciones varoniles que rectamente adoctrinadas con anterioridad a las moldeadas por las manos de Martínez Silva, fueron a su debido tiempo orgullo, prez y provecho del patrio solar.

Y cuando el señor Marroquín, cuyo nombre vivirá por siempre afamado en nuestros fastos literarios y didascálicos, vióse aquejado de los achaques que con el correr de los años van menguando las humanas fuerzas, y hubo de colgar en los altares de Minerva su votivo birrete de maestro, otro miembro de la Academia Colombiana de la Lengua, con preparación si no superior por lo menos igual a la de sus ilustres e inmediatos predecesores, llegóse a recibir la antorcha que éstos pudieron transmitirle aún viva y luciente y sin que hubiera caído de sus manos. Ese académico fue aquel hombre de Dios que apenas salido de los confines de la niñez y llevado de la mano por su preclaro genitor, maestro de maestros, recibió la perenne investidura de su misión docente en el campo de las profanas disciplinas, y que más tarde, al igual que vos, monseñor, quiso coronar su carrera educadora con el magisterio en las sagradas escrituras, como sacerdote del Eterno.

Siguiendo las tradiciones de su cristiano hogar y las inclinaciones de su mística naturaleza, quiso echar sobre su cuerpo las negras vestiduras con que se cubren los cristos del Altísimo, renunciando así a la más noble de las funciones delegadas por el Creador a la criatura y que la asemeja a él, pues bien puede decirse que la generación, dentro de las limitadas facultades humanas, es equiparable a la creación.

El Señor acogió benigno el sacrificio, por lo cual se dignó compensárselo con mano larga, concediéndole durante los innumerables años que le fue dado regir los destinos del Colegio del Rosario, el poder infundir la vida inmaterial a millares y millares de hijos de su espíritu, con fecundidad imposible de alcanzar en el orden correspondiente a la existencia física. Y esos hijos esparcidos por la sobreabundancia de la tierra colombiana guardarán y glorificarán mientras vivan, y aun más allá como lo han hecho con los partos de su ingenio, la memoria de aquel varón docto y fuerte que al rendir la jornada de la vida pudo exclamar con el Apóstol: *Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi.*

Pudo temerse a la desaparición de monseñor Carrasquilla que la orfandad en que venía a encontrarse el hogar rosarista pudiera producir los desastrados efectos que en las familias ligadas por los vínculos de la sangre se originan con el fallecimiento de su jefe; mas la divina Providencia no quiso permitir que la obra generosa y meritoria de su siervo fray Cristóbal pudiera degenerar y aún perecer, y os suscitó a vos, monseñor, como el adecuado sucesor de monseñor Carrasquilla en la labor didáctica, y muy especialmente en la tarea educadora, de más; difícil logro que esotra, porque en esta hay que predicar con el ejemplo de una austeridad moral, íntegra y verdadera, más propia de los auténticos ascetas españoles y no de los cortesanos abates que Francia ha producido en algunos períodos de su historia.

Monseñor Carrasquilla y vos, monseñor, habéis sido dos eslabones gemelos de la áurea cadena con que el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario lleva colgado al cuello su soberbio pectoral: unas mismas virtudes abroquelan el pecho de ambos; un mismo género de estudios absorbe sus mentes pensadoras; un mismo señorío en letras sagradas y profanas han mostrado los dos, y con un carbón encendido por el fuego que brota al frotarse el bien con la verdad quiso Dios purificar los labios de sus dos ministros, así como lo había hecho con los labios del profeta Isaías, para que dignamente predicaran su santo evangelio en los modernos tiempos.

Y a fe que si alguna ocasión hubo en que estuviera superabundantemente justificada la benévola acogida que la casa solariega de fray Cristóbal de Torres dispensa a la Academia Colombiana de la Lengua es la presente, porque en ella se trata de que el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, como instituto honrado y bien nacido, como deudor solvente y muy rumboso, pague con creces la deuda que de atrás tiene contraída para con nuestra asendereada corporación, entregándole a aquél que rige y gobierna sus sacrosantos destinos, que asido al gobernalle de la barca endereza el rumbo hacia seguro puerto, y se lo cede y entrega para que venga a llenar los claros que dejaron Carrasquilla y Marroquín, y sobre todo, Martínez Silva, de cuyo enlutado sillón se trata especialmente.

Excusadme, monseñor, y vosotros todos los que me oís, que el que os habla se exprese en tales términos, y esta coyuntura la aproveche para ensalzar las glorias del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario; pero es que con justo título tengo derecho de ostentar

sobre mi pecho el glorioso escudo de Calatrava en donde campea y brilla el símbolo de la redención humana sobre fondo mediado de blanco y negro, como la vida del hombre acá en la tierra, alternada de luces y de sombras (1).

Esta solemne ceremonia, realizada bajo el techo venerando que abrigó la mejor época de mi vida, tiene la virtud de conmover las más íntimas y delicadas fibras de mi corazón, porque al intervenir en ella, vuelvo los ojos por impulso irresistible a mi edad primera y la memoria me transporta a tiempos ya bien lejanos por desgracia, como que cerca de media centuria me separa de ellos, cuando restituido el colegio a su prístina nobleza y restablecidas sus cristianas tradiciones, traspasé los umbrales de la puerta que hoy corona el escudo de santo Domingo y vine a sentarme en los bancos de estas aulas, en donde íntegros y doctos profesores, todos ellos ya borrados del número de los vivientes, iniciaban a sus alumnos en los principios de las profanas ciencias, y cuando a tarde y a mañana iba a postrarme de hinojos a los pies de la *Bordadita*, preciado ornamento de nuestra entonces muy humilde y desmantelada capilla, para implorar su protección y amparo, entonces sus alabanzas y ensalzar, al nacer como al morir el día, el sacrosanto nombre del Señor: *A solis ortu usque ad occasum laudabile nomen Domini*.

Estos mismos claustros que los jóvenes colegiales de la generación actual miden al presente con sus pasos, los recorrí yo también con los alegres camaradas de mi adolescencia; esas mismas columnatas y arquerías son testigos de las recias luchas empeñadas por la generación de entonces para arrancar a la ciencia sus arcanos; esos muros aún deben de guardar el eco de las ingenuas confidencias acerca de nuestras juveniles ambiciones y el rumor de los solemnes juramentos que hacíamos de aprovechar las sanas enseñanzas impuestas por el sabio y santo fundador del colegio; de seguir, aunque de lejos, el ejemplo legado por aquella generación de gigantes concebida en el seno de esta *alma mater* a fines del siglo antepasado y en los comienzos del subsiguiente, generación que, acumulando las montañas de su fe religiosa, de su profunda ciencia y de su ardiente patriotismo, alzó la pirámide amasada con la sangre de sus venas, por donde, más feliz que los titanes de la fábula, logró escalar el Olimpo de una patria libre, soberana e independiente, de esta nación colombiana, obra portentosa de su genio y cuya ruina todos estamos obligados a precaver.

---

(1) Estos conceptos y los subsiguientes, relativos al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, fueron expresados por mí, el año de 1911, en una sesión solemne de clausura de estudios celebrada en el mismo colegio. Ocho años después los aprovechó otro profesor del mismo plantel, copiándolos literalmente, en sesión de la misma índole, por lo cual he creído oportuno y conveniente reproducirlos aquí por vía de reivindicación. (Véase *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, N° 1° del volumen VIII, de febrero de 1912, y el N° 150 de la misma revista, volumen XV, de 1° de noviembre de 1920.)

En el propio recinto de esta aula máxima, entonces como hoy, las altas dignidades civiles y eclesiásticas, los cultivadores más eminentes de las ciencias, las letras y las artes, se congregaban para honrarnos con su presencia, para despertar noble ardimiento en nuestras primerizas justas literarias y científicas, con benévolo aplauso, con voces lisonjeras, y otorgar el galardón debido a nuestros esfuerzos incipientes. ¿Cómo, pues, no sentirme conmovido al agolpármese a la memoria tal cúmulo de recuerdos, y cómo impedir que una ola de melancolía me anegue el alma al hacer en este instante, dentro de mí mismo, el recuento de amados condiscípulos que a la par conmigo y en las solemnes ocasiones que dejo remembradas, iban a ellas con mejores títulos que yo a recibir el premio alcanzado en largos años de fatigas, privaciones y desvelos, y que una vez salidos del abrigo maternal de este colegio no supieron mantener la integridad de las enseñanzas recibidas en él, se dejaron arrollar por el empuje de las pasiones mundanales y rindieron la jornada de la vida cuando apenas la empezaban, sin que quede de ellos otra cosa que un nombre sepultado en los anales del colegio y esta colectiva recordación que un cariñoso compañero les consagra y que quizás "llegue hasta el lóbrego retiro de su tumba y haga su helado polvo rebullir?" Mas no habré de seguir rebajando sentimientos tan nobles y sublimes con expresiones tan aplebeyadas y rastreras.

Monseñor: razones poderosas en el caso vuestro, las cuales soy el primero en reconocer como válidas y admitir como inconcusas, así por provenir de quien provienen como por los fundamentos que la sustentan, os han determinado a apartaros en vuestro discurso de recepción de aquella práctica tradicional y también obligatoria en el seno de la Academia Francesa, y según la cual el recipiendario debe consagrar su oración de ingreso al examen de la persona y al análisis de las obras de su antecesor en el sillón académico, sin que aquella práctica lo obligue, por supuesto, a convertirse en un panegirista servil y sin independencia de criterio.

Esta práctica sólo de tarde en tarde fue seguida por los recipiendarios de la Real Academia Española, quienes quedaban por lo tanto en plena y absoluta libertad para la escogencia del tema de su discurso de incorporación y exonerados de la ardua faena de entrar en apreciaciones críticas que por muy anodinas y aun benévolas que fueran, siempre podían llegar a producir consecuencias enojosas y aun perjudiciales para su autor, a quien podría hacerse la misma monición que Horacio, en una de sus odas, dirigía a Cayo Asinio Polión cuando éste se proponía dedicarse a la espinosa labor de narrar las guerras civiles acaecidas en su patria: "Ten presente que vas a acometer una empresa preñada de aventuras peligrosas y que vas a caminar por sobre brasas apenas encubiertas por delgada y engañosa capa de ceniza."

Y aunque es verdad que el ejemplo de los inmortales franceses ha venido siguiéndose por los eximios candidatos que en los últimos tiempos han sido llamados a formar parte de este académico instituto, y si bien es cierto, como muy delicada y justicieramente lo reco-

nocéis, han logrado salir airosos de su empeño, consideráis que el caso vuestro, y por múltiples y obvias razones, es de todo punto diferente, pues como muy bien lo apuntáis, los literatos máximos de nuestra tierra, con raras excepciones, no han podido encerrarse por completo en el santuario de Minerva sino que han tenido que bajar a la palestra política para librar allí recias batallas.

Con todo, bien sensible determinación es la que ha llevado a vuestra señoría a escoger un tema libre para elaborar su académica oración, pues aunque soy el primero, como ya lo expresé atrás, en reconocer la fuerza incontrastable de esos móviles y en acatar tal decisión, no puedo menos de ser también el primero en deplorar que aquella infausta cuanto justificada providencia venga a privarnos a nosotros y venga a privar a Martínez Silva, como complemento de la triste suerte que le deparó siempre la política, de una semblanza trazada por maestra mano, y que le hubiera permitido fundadamente exclamar imitando al orgulloso poeta venusino, cuando se ufanaba del renombre alcanzado en el Lacio con sus propias obras: "Acabo de erigirme un monumento más duradero que el bronce y más excelso que las faraónicas pirámides egipcias, al cual los destructores aguaceros y el aquilón mismo no podrán derruir, así como tampoco la innumerable serie de los siglos ni la fuga de los tiempos. Ya no moriré yo todo entero, y buena parte de mi propio ser escapará a la diosa Libitina, la funeral deidad; y creceré indefinidamente renovado por la póstuma alabanza."

Cuánta exultación y orgullo hubiera despertado en todos aquellos que tuvimos la fortuna de congregarnos en las aulas donde resonó la voz autorizada y conceptuosa del caro preceptor, y en donde a la par que nos infundía saludables y profundas enseñanzas, elaboradas en un cerebro robusto y bien equilibrado, nos envolvía en los raudales de bondad que manaban de un corazón sensible y generoso, sirviéndonos por siempre y para siempre de fanal a nuestras inteligencias y de brújula a nuestras voluntades, ver surgir glorioso y aureolado por la mágica evocación de vuestra elocuencia soberana, a ese colega borrado del libro de la vida, maestro consumado del buen decir, ejemplo perenne de lo que puede la constancia cuando se trata de recorrer el áspero sendero del estudio, y que habiendo partido en sus primeros ensayos literarios y políticos de un estilo duro y rebelde, de un lenguaje cuya corrección dejaba todavía algo que desear, llegó, mediante esfuerzo inteligente y porfiado, a emular con sus compañeros de Academia, maestros del idioma, y obtuvo un dominio tal del mismo, que la pureza y propiedad de los términos, la exactitud y sobriedad de la expresión, la gallardía, y robustez de la frase nos inspiran profunda admiración a la vez que nos infunden el descaecimiento que despierta en nuestro ánimo la perfección de obras inimitables cuando ansiamos trillar las mismas vías.

Logró Martínez Silva, sobre todo en sus famosas revistas políticas que mensualmente veían la luz en el *Repertorio Colombiano*, el señorío indiscutible del manejo de la ironía, género difícil que acusa un refinamiento literario en los escritores que lo emplean y tam-

bién en sus lectores, para que éstos sean capaces de entenderlo y paladearlo. Habiendo empezado por aquella manera que nos trae a la memoria los primeros tiempos del malogrado *Figaro* español, en la que la crudeza de las palabras y la acerbidad de la intención provocan en el lector más la compasión hacia la víctima que la admiración para el ingenio del satírico, poco a poco fue alzándose en alas de la tolerancia humana y del dominio de la lengua hasta hombrarse con aquella pléyade de escritores ironistas tan abundantes en la tierra gala y a cuya cabeza descolló en los comienzos del pasado siglo el renombrado libelista Pablo Luis Courier, profesor de la plácida mofa, que talvez le sirvió de dechado en algún tiempo a Martínez Silva, y en época más cercana, el egregio literato que quiso hacerse célebre bajo el seudónimo de Anatole France, y que en sus obras todas se consagró sistemáticamente a la infausta tarea de dilacerar los sentimientos religiosos y atosigar las conciencias de sus lectores.

No fue, pues, Martínez Silva una de las raras excepciones entre los literatos máximos que pudieron encerrarse en el santuario de Minerva, sin descender nunca a la palestra política, y la rareza de las excepciones, si es que las ha habido, está demostrando que la concomitancia de la literatura y la política entre nosotros obedece a razones potísimas y lógicas por tratarse de dos enteleguías, que dirían Aristóteles y Leibniz, tendientes a su propio objeto; pero que en el desenvolvimiento de los principios sociológicos vienen a fundirse en un fin único, perseguido por la especie humana en su peregrinación terrenal, que es el orden y la consiguiente felicidad que aqueste engendra en todos los órdenes de actividades humanas.

El ansia de la libertad innata en todo ser racional y aún en los mismos brutos; la aspiración a enderezar la vida toda por los rumbos más favorables a nuestro perfeccionamiento y más conformes con la igualdad específica con que el Creador nos trajo a la existencia, llevó los criollos habitantes de estas comarcas, después de cruenta y porfiada lucha, al logro de su emancipación política; pero como era natural se encontraron ayunos de toda preparación práctica para la recta aplicación de lo que habían perseguido y alcanzado. Pudo suceder que, a hurtadillas y a despecho de la vigilante suspicacia de los monarcas, amos de estas colonias, la flor y nata de la juventud vernácula hubiera podido adquirir ciertas nociones de la ciencia política, de aquellos principios generales y supremos que deben regular la vida de los hombres individual y colectivamente considerados; pero en cuanto al arte político, el que suministra el conjunto de reglas y preceptos derivados de la ciencia su maestra y cuya aplicación busca el libre y ordenado funcionamiento de las agrupaciones humanas llamadas Estados, eso ni remotamente habían podido aprenderlo, ni los peninsulares, aunque hubieran querido, habrían podido enseñárselo, puesto que la metrópoli misma los ignoraba, estando como estaba totalmente sometida al férreo régimen de la monarquía absoluta y de los *reyes netos*, según la célebre denominación del muy amado don Fernando VII.

Tras las falanges de guerreros denodados y tenaces que con el esfuerzo de su brazo aseguraron la existencia del nuevo Estado, y a pesar de la siega sistemática y cruel que, cual nuevo Tarquino el Soberbio, había realizado don Pablo Morillo tronchando las cabezas de las más altas adormideras granadinas, o sea de los ideólogos, como despectivamente los apellidó el mismo Morillo al jactarse ante Bolívar de su criminal proeza, vinieron los ideólogos que habían escapado a los cadalsos, aquellos próceres que en los finales de la época colonial habían consagrado sus desvelos al estudio de las letras, las ciencias y las artes, a acometer el aprendizaje de la nueva y necesaria ciencia de la política para aplicarla a la organización de la patria recién fundada, y desde entonces acá han venido conviviendo en fraternal consorcio la literatura y la política.

La política no fue ni pudo ser entre nosotros en los primeros tiempos de nuestra vida independiente, ni tampoco ha alcanzado a serlo en los tiempos posteriores, ese nobilísimo arte social cuya base y fundamento deben ser la honestidad y la justicia, como lo preceptuó aquel excelso fanal de sabiduría humana cuya luz se difunde al través de veintitrés centurias sobre la edad presente, aquel gran maestro del más grande de los discípulos, y que vio la luz primera en la humilde aldehuela de Estagira.

Tampoco se asemeja ni aun de lejos a aquel otro ideal de la política entrevisto por el divino Platón, y conforme al cual, para merecer el nombre de verdadera ciencia, la política debía proponerse la conversión de los hombres en seres cada día más felices mediante la infusión de principios de sabiduría y de cordura, es decir, haciéndolos más virtuosos. El fin esencial de las leyes debía consistir en el cultivo de aquellas virtudes que a la luz de la filosofía cristiana apellidamos hoy las virtudes cardinales, o sea la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza, porque más luego y conseguido esto, todo lo demás vendrá por añadidura, como serían los beneficios terrenales, la salud y la belleza, la fuerza y las riquezas, en tanto cuanto este propósito puede conciliarse con el fin primero y primordial del Estado. De suerte que bien pudiera definirse la política diciendo que es la ciencia destinada a hacer reinar la justicia en la república, pues que de la justicia emanan todas las demás virtudes como de una pura y cristalina fuente.

Y no estará fuera de lugar citar aquí la profesión de fe como político hecha por Martínez Silva en alguna de sus oraciones pronunciadas en el seno de esta misma Academia. Hela aquí: "Así han venido los pueblos cual nave sin gobernalle, aventados alternativamente de las sirtes del absolutismo a las espantables simas de la revolución; y sin hallar sosiego ni equilibrio, continuarán en la misma desesperante agonía mientras la moral ande divorciada de la política; mientras los hombres llamados a los gobiernos de las naciones rehuyan el cuello al yugo de la ley divina; mientras sean el miedo servil y la torpe codicia los únicos móviles de la política; mientras prive la doctrina cesárea de que el soberano, a título de tal, no sólo no está so-

metido a Dios, sino que tiene potestad hasta sobre las conciencias de sus súbditos.”

Tenemos, pues, que hacer la debida distinción entre el político y el políticastro, entre los cuales media la misma diferencia que entre el jurisconsulto y el rábula. En manos del segundo el arte provechoso de la política vendrá a bastardear de su objeto para tornarse en un artificio pernicioso; los preceptos de aquel arte no mirarán al procomún sino que serán la expresión de los intereses privativos y particulares del políticastro; sus procederese asemejarán a los del juglar populachero, solamente que como retribución de sus dicharachos, gestos y truhanerías, no buscará el modesto y voluntario estipendio que quieran alargarle sus embaídos espectadores, sino que aspirará a los gajes del poder, y una vez obteniendo éste apelará a toda clase de expedientes, a todo género de argucias, no sólo para conservarlo sino también para ampliarlo y extenderlo.

El verdadero político considera que sus procederese deben estar siempre ajustados a la utilidad de todos y por consiguiente a los bien entendidos intereses de sí mismo; que las reglas de la política se confunden e identifican con las de la propia moral, y que no consienten otra línea de conducta que la trazada por una recta conciencia depurada en el crisol de la justicia.

Mas cuán lejos están estos principios, que son el fruto de las más excelsas inteligencias y de los más nobles corazones con que la raza humana ha contado desde las más remotas edades de su existencia sobre la superficie del planeta, cuán lejos están de ser respetados y cumplidos en la práctica. Por el contrario, tal parece que los hombres que han pretendido asumir en todas las edades y en todas las latitudes el papel de directores de los pueblos y que han pugnado por asaltar aquellas posiciones que les consientan ejercer el mando supremo, han informado su credo o símbolo político en máximas totalmente opuestas y han cimentado su poderío en la falsía, la corrupción y la violencia. En vano se ha esperado que los progresos de la civilización realicen el acuerdo de la política teórica con la política práctica, aún en aquellos países que se precian de marchar a la vanguardia de las sociedades humanas. La vida de un insigne político francés y más que todo exquisito polígrafo, acaba de ser tronchada por fanáticos feroces que, obedeciendo a ciego impulso, banderizo y sanguinario, no vacilaron en apelar a los medios más execrables para sacrificar a la víctima escogida; pero habiendo obligado a hacerle compañía a aquel funcionario que en nombre de su patria le tributaba los honores y atenciones que imponía la más elemental cortesanía vigente entre naciones.

No ha muchos años que a ese político eminente y profesional le fue asignada la labor de escribir, entre las varias monografías que habían de constituir una especie de mosaico nacional formado por las figuras más conspicuas aunque abstractas de la moderna sociedad francesa, la correspondiente al político francés, teniendo sin duda en cuenta su especial versación en aquel tema, emanada de la personal observación y de la propia experiencia, adquirida en su ya dilatada vida pública.

En ese opúsculo, valioso por muchos aspectos, empieza su autor por lamentarse de que la carrera vulgarmente llamada *de la política* no sea sino una *carrera franca*, por cierto muy distinta de las profesiones liberales que con verdad merecen ese nombre, las cuales exigen estudios más o menos dilatados y profundos, y cuya coronación es un diploma de idoneidad precedido de prácticas y pruebas satisfactorias. Más bien que una carrera es una tentación, pues que accesible a todos y pudiendo transitarse por ella libre y desembarazadamente, es comunísimo encontrar al lado de los que la honran también los que la explotan.

Consolábase es verdad el autor de la semblanza con la ingenua consideración de que el mal es tan antiguo como el mundo y no parece presentar síntomas alarmantes de agravación en los tiempos actuales y en las modernas sociedades; y que al formar con los políticos la casta de los descastados, la severidad del veredicto viene a cobijar por igual a los ciudadanos que ejercen el sufragio y que con sus votos designan a esos descastados para que vayan a los cuerpos parlamentarios a disponer a su amaño de la suerte del Estado y de la de sus compatriotas; de manera que ese veredicto viene a quedar tachado de injusticia, siquiera sea relativa.

No cabe duda alguna de que son más numerosos los que sin estar animados de intenso amor a la patria común y a la pública utilidad, y sin abrigar el propósito de atender a los verdaderos intereses generales, logran por medios más o menos arteros y reprobables, en veces violentos, pero en lo general más bien falaces, alcanzar una credencial que debiera ser solemne compromiso para el cumplimiento de un deber, pero que lejos de eso se torna en manos de los adquirentes en una verdadera patente de corso.

Mas en este caso como en muchos otros, gran parte de culpa viene a recaer sobre los que pudiéramos llamar *abstencionistas*, por el total abandono en que dejan aquellos cargos, los cuales se convierten en el patrimonio de intrigantes y ambiciosos de baja estofa, de donde se originan las desastrosas consecuencias, azote de la sociedad y el individuo; y todo por eludir entrar en una liza en la que indudablemente se experimentan repetidos quebrantos que acibararían la existencia, pero en la cual también se pueden ganar apreciables beneficios para la comunidad en primer término y para la propia persona en segundo lugar.

Y no vale que tales abstinentes pretendan alegar en su descargo la repugnancia moral y el asco físico que les produce tener que bajar a una palestra en donde se libran batallas de índole bajuna y canalla, respecto de las cuales se pudiera repetir lo que los patricios romanos decían cuando después de los banquetes se veían solicitados por el anfitrión para presenciar los sangrientos combates que trababan los esclavos para divertimento de los invitados: "Haceos allá, canallas, para que vuestra sangre no me manche la túnica." ¡No! Los miembros conscientes de sus deberes en toda sociedad, los que han alcanzado cierto grado de cultura literaria y cívica se ven forzosamente

compelidos a ingresar en la política bien entendida, porque la abstención, la inercia, el egoísmo son la broma más eficaz en deshacer la nave del Estado y producir el naufragio general.

Mas si es verdad que la condición política de Martínez Silva ha sido causa de que sus discípulos y admiradores nos veamos defraudados por la abstención de vuestra señoría en trazar la semblanza de que hubiera podido disfrutar como antecesor vuestro en el académico sillón, en cambio, con la opulencia intelectual de que disponéis, habéis satisfecho largamente aquella deuda, escogiendo para tema de vuestra oración un asunto que fue siempre de la predilección de Martínez Silva, un motivo siempre viejo y siempre nuevo, grandioso y sublime, a cuyo escudriño han dedicado sus desvelos no sólo humanistas de nuestro nativo terruño sino esclarecidos talentos del orbe terráqueo, y en el cual vuestra señoría, con la conciencia de su vigor, ha trajinado con toda libertad, acierto y galanura para deleite de sus oyentes, y sobre todo para enseñanza de todos los que, sabiendo que así de los labios como de la pluma de vuestra señoría brota invariablemente un raudal de sana y venusta doctrina, acuden solícitos en demanda de sus exquisitas producciones. En la que acabamos de oír han sido explotados la inagotable cantera y el inexhausto criadero contenidos en el *Quijote*, obra del más famoso ingenio de que puede enorgullecerse la raza hispana y todos los que de ella procedemos y nos servimos de la rica y armoniosa lengua en que ese poema fue escrito.

Es él, como muy bien lo ha dejado establecido vuestra señoría, una cifra y compendio de la existencia humana en sus múltiples y variadas manifestaciones. En aquella cantera se pueden tallar los ingentes sillares con que los mortales levantamos las fábricas atinentes a las necesidades y exigencias de la vida material; de aquella mina podemos extraer el metal precioso destinado a las afiligradas joyas que son el ornamento y el decoro de nuestro espíritu inmortal.

Aquel poema tan regocijado por su forma se asienta sobre un tema profundamente triste, cual es el de la intermitencia, vesánica de su protagonista; viene a representar la sempiterna lucha entre la dorada ilusión y la dura realidad, entre la poesía y la prosa de la vida, la una etérea y sublimada, la otra pesada y abrumadora y que acaba por rendirnos. Las imaginaciones del buen hidalgo manchego son fruto de su heroísmo avasallador y de su virtud austera y exaltada, que parte límites con la extravagancia por no decir la ridiculez; pero por más que así suceda, aquel héroe de la fantasía retozona de Cervantes logra captar nuestra estimación, nuestro respeto y nuestro cariño porque, a pesar de las facecias continuadas de que lo hizo objeto su creador, supo también modelarlo noble y digno, a fin de que pudiera ganar un sitio muy recóndito y seguro en la entraña en donde reside el sentimiento. Ese contraste entre la tristeza de la idea fundamental del poema y la exposición que de ella se hace, ordinariamente cómica y burlesca, viene a ser uno de los mayores méritos, porque al lado del manantial abundoso de la risa brota también la copiosa fuente de las hondas y generosas reflexiones, y todo ello en un estilo inimitable, propio sólo del autor, y en una lengua que a pesar de sus ribetes de arcaísmo no hace indispensable para las gentes cul-

tas aquel caudal de escolios y apostillas que se juzga necesario en otras partes para la recta inteligencia de la obra, lo cual prueba la alta estima en que siempre la hemos tenido, la constante lectura que de ella hacemos y que al fin nos permite desentrañar sin ajena ayuda el ingenioso juego de ideas y de vocablos propios de la alborozada musa de Cervantes.

Mas muy lejos está de mi ánimo el intento de agregar siquiera sea una tilde a la magnífica, conceptuosa y autorizada exposición con que vuestra señoría ha abierto las puertas para su ingreso en la Academia Colombiana de la Lengua y que lo acredita de hablista consumado y de sicólogo profundo. Es esa exposición la prueba más palmaria de la acertada escogencia que aquel cuerpo hizo al llamar a vuestra señoría a ocupar un asiento en sus escaños, bien que al proceder así los actuales colegas de vuestra señoría no hicieron otra cosa que confirmar los sufragios que la pública opinión tenía ya consignados en favor de la descollante personalidad literaria de vuestra señoría, la que, como aquellos diamantes de excepcional magnitud, admite la apertura de numerosas y amplísimas facetas en donde la luz se quiebra para rebotar luego en rayos fulgurantes que nos alucinan y deleitan.

No es este el momento más propicio, por la estrechez de tiempo, para entrar en el examen de la polimorfa individualidad de vuestra señoría, en la que se disputan a porfía la preeminencia el teólogo, el canonista, el filósofo, el humanista, el lingüista y el pedagogo; pero por sobre todos esos conocimientos, por sobre todas esas facultades refinadas, esas dotes exquisitas, hay una que las aquilata y avalora y que siguiendo el símil atrás esbozado viene a ser la artística montura o engarce que permite exhibir la preciosa piedra en toda su hermosura y esplendor: quiero referirme al orador sagrado que, salvando las lindes en veces reducidas que a este género de oratoria suelen demarcarse, sale a difundirse por los dilatados campos de la académica elocuencia.

En veces me siento tentado a creer que el rebosado refrán nuestro de que *el poeta nace y el orador se hace* no es ciertamente un trocisco de la vulgar sabiduría, como lo son en general esas cristalizaciones de la experiencia popular, sino más bien una vana fórmula, una sentenciosa sandez, como tantas otras que, por falta de análisis, cobran fuerza y vienen a recibir carta de naturaleza en las comunes creencias.

¡No! la elocuencia sagrada tiene un origen celeste; ella es un don sobrenatural otorgado a ciertas almas privilegiadas, con fines providenciales. El orador sagrado realiza una elevada misión; es un agente que influye de manera decisiva en los destinos de su propia patria y más allá de las fronteras de ésta; es el propagandista convincente y convencido de las verdades religiosas y morales; el campeón, el paladín de las doctrinas del Redentor del mundo.

Los antiguos mismos, aun aquellos cuyas mentes no alcanzaron a ser alumbradas con la divina luz de la revelación, no pudieron menos de reconocerle un origen divino, y por eso vemos que el orador

arpino, el cerebro mejor dispuesto en la república romana, aunque servido por la más flaca voluntad y el más lastimoso carácter, se ufanaba en reclamar para la elocuencia en general y para la forense en particular, la condición de atributo bajado del cielo, de ser un rayo de luz emanado del propio foco de la Luz indeficiente y eterna, que alzaba a regiones excelsas a quienes tenían la fortuna de poseerla y contribuía a acercarlos a las inteligencias celestiales.

A vos, monseñor, que habéis sido dotado con la elocuencia del alma juntamente con lo que Cicerón apellidaba la elocuencia del cuerpo, es decir, con la acción oratoria que complementa la expresión del pensamiento, con el ademán y con el gesto, con la mirada y con la voz, la Academia Colombiana de la Lengua tenía que llamaros a su seno como el exponente más auténtico y genuino de la oratoria sagrada en Colombia.

Llegad, pues, monseñor, a ocupar este sillón; pero recibid antes en nombre de todos mis colegas y en el mío propio la más cordial bienvenida, que pudo ser presentada por verbo más robusto y elocuente pero no más sincero y cariñoso.